

CAPÍTULO XIII.

ILUSIONES Y REALIDADES.

Si el suizo de la embajada hubiese podido correr tras de Beausire, como se lo mandaba don Manoel, no habría tenido poco que hacer.

Beausire, apenas se vió fuera de aquella caverna, llegó al pequeño galope á la calle Coquillere, y al gran galope á la de San Honorato.

Temiendo siempre que le persiguieran, había ido cruzando sus huellas, dando bordadas en las calles desalineadas que rodean nuestro mercado de los granos; al cabo de algunos minutos estaba ya casi seguro de que nadie había podido seguirle, y estaba también seguro de que se hallaban agotadas sus fuerzas, y de que un buen caballo de caza no habría podido hacer más.

Sentóse Beausire sobre un saco de trigo en la calle de Viarmes que da vuelta alrededor del mercado, y allí fingió considerar con la más viva atención la columna de Médicis,

comprada por Bachaumont para arrancarla al martillo de los demoledores y regalarla al Hotel de Villa.

Lo cierto es que Beausire no miraba la columna de Filiberto Delorme, ni el cuadrante solar con que M. de Pingré la había decorado; lo que hacía era sacar del fondo de sus pulmones una respiración estridente y ronca como la de un *barquin* cansado.

Durante muchos instantes no logró completar la masa de aire que necesitaba desatascar de su laringe para restablecer el equilibrio entre la sofocación y la plétora.

Por último lo logró, y eso con un suspiro que pudo ser oído por los vecinos de la calle de Viarmes, á no hallarse ocupados en vender y pesar sus granos.

— ¡ Ah! pensó Beausire; ¡ conqué se ha realizado mi sueño! ¡ tengo una fortuna!

Y volvió á respirar.

— ¡ Conque voy á poder hacerme un hombre completamente honrado! ¡ Me parece que principio ya á engordar!

Y en realidad, si no engordaba, se inflaba.

— Voy á hacer de Oliva, prosiguió en su monólogo silencioso, una mujer tan honrada como voy á serlo yo mismo. Ella es bella y sencilla en sus gustos.

¡ Infeliz hombre!

Oliva no aborrecerá una vida retirada en provincia, en una hermosa quinta que llamaremos nuestra posesión, cerca de una pequeña ciudad en la que nos tendrán por unos señores.

— Nicole es buena; solo tiene dos defectos: la pereza y el orgullo.

¡ Nada más! pobre Beausire ¡ dos pecados capitales!

— Y con esos defectos que yo le satisfaré, yo, el equívoco Beausire, haré de ella una mujer cumplida.

Beausire no pasó de aquí, porque le volvió la respiración penosa.

Enjugó la frente, se aseguró de que estaban aún en su bolsillo las cien mil libras, y, más libre de su cuerpo y de su espíritu, quiso reflexionar.

No debían buscarle en la calle de Viarnes, pero de seguro le buscarían, porque los perillanes de la embajada no eran personas que así se dejasen perder buenamente su parte de botín.

De consiguiente se dividirían en varias bandas, y principiarían por ir á explorar el domicilio del ladrón.

En eso estaba la dificultad. En aquel domicilio habitaba Oliva; la acusarían, tal vez la maltratarían: ¿quién sabe si llevarían la crueldad hasta cogerla en rehenes?

¿Por qué esos miserables no habían de saber que la señorita Oliva era la pasión de Beausire? ¿y por qué, sabiéndolo, no habrían de especular sobre esa pasión?

Beausire estuvo para volverse loco al pensar en esos dos mortales peligros.

Pero triunfó el amor.

No quiso que nadie tocase al objeto de su amor, y se lanzó como un dardo á la casa de la calle de la Delfina.

Por otra parte, tenía una confianza ilimitada en la rapidez de su marcha, y por ágiles que fuesen sus enemigos, no podían llegar antes que él.

Además, se metió en un fiacre, á cuyo cochero mostró un escudo de seis libras, diciéndole: Al Puente Nuevo.

Los caballos no corrieron, sino que volaron.

La noche llegaba.

Beausire mandó conducirlo al terraplén del puente, detrás de la estatua de Enrique IV, donde en aquel tiempo se lle-

gaba en coche, y era un lugar de reunión bastante trivial, pero frecuentado.

Luego, aventurándose á sacar la cabeza por un ventanillo, sumergió sus miradas en la calle de la Delfina.

Beausire no carecía de algún conocimiento de los agentes de policía, pues había pasado diez años en tratar de reconocerlos, para evitarlos en su tiempo y lugar.

Á la bajada del Puente, del lado de la calle de la Delfina, observó dos hombres algo separados que alargaban sus cuellos en dirección de aquella calle para contemplar algún espectáculo.

Aquellos hombres eran dos espías. Ver dos espías en el Puente Nuevo, no era cosa rara, puesto que un refrán de aquella época dice, que para ver en todo tiempo un prelado, una ramera y un caballo blanco, no hay nada como pasar por el Puente Nuevo. Y los caballos blancos, los hábitos clericales, y las rameras, han sido siempre unos puntos de mira para los agentes de policía.

Beausire sólo experimentó cierta incomodidad; se hizo el jorobado y el cojo para disfrazar su andar, y metiéndose por entre el gentío, llegó á la calle de la Delfina.

Ningún vestigio halló de lo que tanto temía, y ya divisaba la casa á cuyas ventanas solía asomarse la bella Oliva, su estrella.

Las ventanas estaban sin duda cerradas, y Oliva estaba descansando sobre el sofá, ó leyendo algún mal libro, ó bien comiéndose alguna golosina.

De súbito, Beausire creyó ver en el mercado de enfrente una cota de soldado de la ronda.

Vió aún más, pues vió presentarse uno á la ventana del saloncito. Volvió á sentirse bañado en sudor, sudor frío y

malsano. Pero no era el caso de recular : era preciso pasar por delante de la casa.

Beausire tuvo este valor ; pasó y miró á la casa

¡ Qué espectáculo !

Una calle de árboles atestada de infantes de la guardia de París, en medio de los cuales se veía á un comisario del Chatelet vestido todo él de negro.

La rapidez de ojo de Beausire vió á aquellos hombres turbados, azorados. Ó uno tiene ó no tiene la costumbre de leer en las caras de los agentes de policía ; cuando la tiene, como la tenía Beausire, no hay necesidad de mirarlos dos veces para adivinar que esos señores han errado el golpe.

Beausire dijo para sí que el señor de Crosne, advertido de algún modo, había querido prender á Beausire y no había hallado más que á Oliva. *Inde iræ.*

De ahí el chasco. Ciertamente, si Beausire se hubiese hallado en circunstancias ordinarias, si no hubiese tenido cien mil libras en su bolsillo, se habría arrojado al medio de los alguaciles gritando como Nisus : ¡ Aquí estoy, aquí estoy ! ¡ Yo soy el que lo ha hecho todo !

Pero la idea de que aquellos hombres palparían las cien mil libras y pasarían con ellas una vida regalada, la idea de que el golpe de mano tan audaz y tan sutil dado por él, sólo aprovecharía á los agentes del subdelegado de policía ; esta idea, decimos, triunfó de todos sus escrúpulos y ahogó todos sus pesares de amor.

— ¡ Lógica !... se dijo en sus adentros ; voy á hacer que me echen mano, que me atrapen las cien mil libras. No sirvo á Oliva... me arruino... le pruebo que la amo locamente... pero merezco que ella me diga : ¡ Eres un bruto ! debías amarme menos, y salvarme.

— Decididamente, meneemos las tabas, y pongamos á salvo el dinero, que es la fuente de todo : libertad, ventura, filosofía.

Dicho esto, Beausire apoyó los billetes de Banco contra el corazón, y echó á correr hacia el Luxemburgo, porque hacía una hora que sólo marchaba por instinto, y como había ido más de cien veces á buscar á Oliva en el jardín del Luxemburgo, dejaba á sus piernas que le llevasen en aquella dirección.

¡ Para un hombre tan lleno de lógica era un raciocinio bien pobre !

En efecto, era natural que los arqueros, que sabían las costumbres de los ladrones como Beausire sabía las de los arqueros, fuesen á buscar á Beausire en el Luxemburgo.

Pero el cielo ó el diablo había dispuesto que el señor de Crosne no hiciese nada con Beausire esa vez.

Apenas el amante de Nicole había dado vuelta á la calle de San Germán de los Prados, cuando estuvo á punto de ser derribado por una magnífica carroza cuyos caballos corrían rozagantes hacia la calle de la Delfina.

Gracias á esa ligereza parisiense desconocida del resto de Europa, Beausire sólo tuvo tiempo para esquivar la lanza : verdad es que no esquivó la maldición y el latigazo del cochero ; pero un propietario de cien mil libras no se para en las miserias de semejante puntillo de honor, sobre todo cuando tiene á sus talones las compañías de la Estrella y los guardias de París.

De consiguiente Beausire se apartó á un lado, pero inclinándose vió en aquella carroza á Oliva y un hombre muy bello que hablaban con animación.

Dió un pequeño grito que sólo sirvió para animar más los

caballos, y gustoso habría seguido el coche, pero este se dirigía á la calle de la Delfina, y era la única de París por la que Beausire no quería pasar en aquel momento.

Y además, ¿qué apariencia había de que fuese Oliva la que iba en aquella carroza? Fantasmas, visiones absurdas; era ver, no turbado, sino lo que no había; era ver á Oliva aun cuando no estuviese allí.

Otro raciocinio se podía hacer también, y era que Oliva no podía ir en aquella carroza, puesto que los arqueros estaban en su casa para prenderla.

El pobre Beausire, desfallecido moral y físicamente, tomó por la calle de Fossés-Monsieur-le-Prince, llegó al Luxemburgo, atravesó aquel barrio desierto ya, salió fuera de la barrera y se refugió en un cuartito cuya posadera le guardaba toda especie de miramientos.

Instalóse en aquel chiribitil, ocultó sus billetes debajo de un ladrillo del cuarto, apoyó sobre ese ladrillo el pie de su cama, y se acostó sudando y echando pestes, pero entremezclando sus blasfemias con gracias á Mercurio, y sus náuseas febriles con una infusión de vino con azúcar y canela, brebaje muy á propósito para reanimar la transpiración en la piel y la confianza en el corazón.

Estaba seguro de que la policía no lo hallaría ya, y de que nadie le despojaría de su dinero.

Estaba seguro de que Nicole, aun cuando la prendiesen, no era culpable de ningún crimen, y de que iba pasando el tiempo de las eternas reclusiones sin motivo.

En fin, estaba seguro de que las cien mil libras le servirían hasta para arrancar de la cárcel, si la retenían en ella, á Oliva, su compañera inseparable.

Quedaban los compañeros de la embajada; con ellos eran más difíciles de arreglar las cuentas.

Pero Beausire había previsto las disputas y enredos, los dejaba todos en Francia y pensaba partir para la Suiza, país libre y moral, tan pronto como la señorita Oliva se hallase en libertad.

Nada de lo que meditaba Beausire mientras bebía su vino caliente, sucedió según sus previsiones: estaba escrito.

El hombre hace siempre mal en figurarse que ve las cosas cuando no las ve; y hace aun peor en figurarse que no las ve cuando las ve en realidad.

Vamos á comentar esta glosa al lector.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Código. 1625 MONTERREY, N.M.

CAPÍTULO XIV.

DE COMO LA SEÑORITA OLIVA PRINCIPIA Á PREGUNTARSE
LO QUE SE QUIERE HACER DE ELLA.

Si Beausire se hubiese dignado referirse á sus ojos, que eran excelentes, en vez de atormentarse el espíritu, al que todo contribuía á cegar, se habría ahorrado muchos pesares y decepciones.

En efecto, era realmente Oliva la que él había visto en la carroza, al lado de un hombre á quien no había reconocido por no haberle mirado más que una vez, y á quien habría reconocido mirándole dos; era Oliva que, como de costumbre, había ido por la mañana á dar su paseo por el jardín del Luxemburgo, y que, en lugar de volver á casa á las dos, para comer, había encontrado, arrimándose é interrogado á aquel extraño amigo que ella se había hecho el día del baile de la Opera.

Efectivamente, en el momento de pagar su silla para retirarse, y cuando sonreía al cafetero del jardín de quien era parroquiana asidua, Cagliostro, desembocando de una

calle de árboles, había corrido hacia ella y la cogió del brazo.

Oliva dió un pequeño grito.

— ¿Dónde vais? le preguntó Cagliostro.

— ¿Dónde he de ir? Á mi casa.

— Eso vendrá de perillas á los que os están aguardando en ella, repuso el señor desconocido.

— ¡Á los que... me están aguardando!.. ¿cómo es eso? No creo que me aguarde nadie.

— Sí tal; como una docena de visitantes.

— ¡Una docena de visitantes! exclamó Oliva riendo; ¿por qué no decís un regimiento?

— Á fe mía, si hubiese sido posible enviar un regimiento á la calle de la Delfina, estaría allí.

— ¡Me asombráis!

— Todavía os asombraré más si os dejo ir á la calle de la Delfina.

— ¿Por qué?

— Porque os prenderán, querida mía.

— ¡Prenderme á mí!

— De seguro; esos doce señores que os aguardan son arqueros enviados por el señor de Crosne.

Oliva se estremeció; ciertas personas tienen siempre miedo á ciertas cosas.

Sin embargo, poniéndose tiesa, después de un examen de conciencia algo más profundo, dijo:

— ¿Por qué me habrían de prender, si yo no he hecho nada?

— ¿Por qué se prende á una mujer? Por intrigas, por tonterías.

— Yo no tengo intrigas.

— Quizás habéis tenido alguna.

— ¡Oh! no digo que no.

— En una palabra, sin duda no hay motivo para prenderos, pero se trata de eso. ¿Vamos á pesar de todo á la calle de la Delfina?

Oliva se paró poniéndose pálida y turbada.

— Vos jugueteáis conmigo como un gato con un pobre ratón, dijo. Vamos, si sabéis algo, decidmelo. ¿No es á Beausire á quien buscan?

Y al decir esto fijaba en Cagliostro una mirada suplicante.

— Tal vez. Yo me atrevería á sospechar que tiene la conciencia menos limpia que vos.

— ¡Pobre muchacho!

— Cómpadeceros de él, pero si le han preso, no le imitéis dejándoos prender también...

— Pero, ¿qué interés tenéis en protegerme? ¿qué interés tenéis en ocuparos de mí? Mirad, dijo con atrevimiento, no es natural que un hombre como vos...

— No concluyáis, pues diríais una majadería; y los momentos son preciosos porque los agentes del señor de Crosne no viéndoos volver á casa, serían capaces de venir aquí.

— ¡Aquí! ¡Saben que estoy aquí!

— Buena dificultad tendrán en saberlo, cuando yo mismo lo sé. Prosigo pues. Como me intereso por vuestra persona y os deseo felicidad, lo demás no os interesa. ¡Pronto! Corramos á la calle del Infierno, donde os aguarda mi carroza... ¡Ah! ¿dudáis aún?

— Sí.

— Pues bien; vamos á hacer una cosa bastante imprudente, pero que espero os dejará convencida para en lo sucesivo. Pasaremos en mi carroza por delante de vuestra

casa, y cuando hayáis visto á esos señores de la policía de bastante lejos para que no os echen mano, y de bastante cerca para juzgar de sus disposiciones, apreciaréis mis intenciones en lo que valen.

Y mientras decía estas palabras, condujo á Oliva hasta la verja de la calle del Infierno. Acercóse la carroza, recibió la pareja, y condujo á Cagliostro y Oliva á la calle de la Delfina, al sitio en que Beausire los había visto.

Ciertamente, si éste hubiese gritado en aquel momento, si hubiese seguido el coche, Oliva habría hecho todo lo posible para acercarse á él, para salvarle perseguido, ó salvarse con él, libre.

Pero Cagliostro vió á aquel desventurado, y distrajo la atención de Oliva, mostrándole el gentío que se reunía por curiosidad alrededor de la ronda.

Así que Oliva distinguió los soldados de policía y su casa invadida, se echó en los brazos de su protector con una desesperación capaz de enternecer á cualquier hombre que no fuese de hierro como Cagliostro.

Este se contentó con apretar la mano de la joven y ocultarla á ella bajando la cortinilla.

— ¡Salvadme, salvadme! exclamaba de vez en cuando la pobre joven.

— Os lo prometo, respondía Cagliostro.

— Pero, puesto que decís que esos agentes de policía lo saben todo, no dejarán de hallarme.

— No, no; en el sitio donde estaréis, nadie os descubrirá, porque si van á prenderos á vuestra casa, no irán á prenderos á la mía.

— ¡Oh!... exclamó Oliva con espanto. ¡Á vuestra casa!... ¿Vamos á vuestra casa?

— Estáis loca, replicó Cagliostro; cualquiera diría que no recordáis en lo que hemos convenido. Yo no soy ni quiero ser vuestro amante, querida.

— ¿Entonces me ofrecéis la cárcel?

— Si preferís el hospital, sois libre.

— Vamos, me entrego á vos, haced de mí lo que queráis, replicó Oliva espantada.

Cagliostro la condujo á la calle de San Gil, á aquella casa en que le hemos visto recibir á Felipe.

Luego que la instaló lejos de los criados y de toda vigilancia en un aposentito del segundo piso, le dijo:

— Conviene que seáis más feliz de lo que vais á serlo aquí.

— ¡Feliz! ¿Cómo serlo? dijo Oliva con el corazón oprimido. ¡Feliz, sin libertad y sin el paseo! Eso es triste; ni siquiera hay jardín; voy á morir de tristeza.

Y echó una mirada vaga y desesperada sobre el exterior.

— Tenéis razón, dijo Cagliostro; quiero que no os falte nada. Aquí estaríais mal, y además mis criados llegarían á descubrirnos é incomodaros.

— Ó á venderme, añadió ella.

— En cuanto á eso, no temáis nada, pues mis criados sólo venden lo que yo les compro, querida mía. Pero para que tengáis toda la tranquilidad apetecible, voy á ocuparme en proporcionaros otra habitación.

Oliva se mostró un poco consolada con estas promesas. Por otra parte le agradó la nueva morada, pues halló en ella comodidad y libros entretenidos.

Su protector la dejó diciéndole:

— No quiero tomaros por el hambre, querida mía. Si queréis verme, tirad de la campanilla, y al punto vendré si estoy en casa, ó tan luego como vuelva, si me hallo fuera.

Le besó la mano y se retiró.

— ¡Ah! gritó Oliva. ¡No dejéis de traerme noticias de Beausire!

— Ante todo, le respondió el conde.

Y la encerró en su cuarto.

Luego, bajando la escalera pensativo, dijo:

— Será una profanación el hospedarla en esa casa de la calle de San Claudio; pero es preciso que ninguno la vea, y en esa casa nadie la verá. Si, por el contrario, es preciso que una sola persona la perciba, esa persona la percibirá en esa sola casa de la calle de San Claudio. Vamos, hagamos aún este sacrificio. Apaguemos esta última chispa de la antorcha que ardió en otro tiempo.

El conde tomó un ancho sobretodo, buscó llaves en su bufete, escogió varias que miró con aire enternecido, y salió solo y á pie de su casa, subiendo por la calle de San Luis del Marais.

CAPÍTULO XV.

LA CASA DESHABITADA.

El conde de Cagliostro llegó solo á aquella antigua casa de la calle de San Claudio que nuestros lectores no deben haber olvidado del todo. Cuando se paró delante de la puerta, la noche entraba ya, y no se percibía sino uno que otro transeunte en la calzada del baluarte.

En la hora de que hablamos, lo único que se sentía en aquel barrio eran los pasos de un caballo marchando por la calle de San Luis, una ventana que se cerraba con un ruido de hierro viejo, y el rechinar de las barras de la maciza puerta cochera después de la vuelta del dueño del hotel vecino.

En el pequeño cercado del convento ladraba, ó más bien aullaba un perro, y una ráfaga de viento cálido se colocó hasta la calle de San Claudio en el momento de dar melancólicamente los tres cuartos en el reloj de San Pablo.

Eran las nueve menos cuarto.

Como hemos dicho, llegó el conde delante de la puerta cochera, sacó debajo de su hopalanda una gruesa llave, separó, para entrarla en la cerradura, una porción de despojos que se habían refugiado en ella llevados por el viento hacía muchos años.

La paja seca, de la que se habían introducido algunos pedacitos en la entrada ogífrica de la cerradura, la menuda semilla, que corría hacia el Mediodía para convertirse en un alhelí amarillo ó una malva, y que un día se halló aprisionada en aquel sombrío recipiente, la piedrecita que se había desprendido del edificio vecino, las moscas acuarteladas hacía diez años en aquel hospital de hierro y cuyos cadáveres habían acabado por colmar su profundidad, todo esto rechinó y se hizo polvo bajo la presión de la llave.

Una vez hizo la llave sus evoluciones en la cerradura, ya no se trató más que de abrir la puerta.

Pero el tiempo había hecho su oficio. La madera se había hinchado en las juntas, y el hollín había carcomido los goznes. En todas las grietas del pavimento había crecido la yerba enverdeciendo con sus húmedas emanaciones la parte baja de la puerta, y en todas partes, una especie de cemento semejante á los nidos de las golondrinas calafateaba todos los intersticios, y las vigorosas vegetaciones de las madreporas terrestres, sobreponiendo sus arcadas, habían ocultado la madera bajo la carne vivaz de sus cotiledones.

Cagliostro sintió la resistencia; apoyó el puño, después el codo, luego el hombro, y derribó todas aquellas barricadas que fueron cediendo sucesivamente con un chasquido de mal humor.

Quando se abrió la puerta, todo el patio apareció á los ojos de Cagliostro desolado y cubierto de musgo como un cementerio.

Cerró la puerta tras de sí, é imprimió sus pasos en la espeda yerba que había invadido el área de las mismas piedras.

Nadie le había visto entrar, nadie le veía en el recinto de aquellas enormes paredes; y pudo detenerse un momento y penetrar poco á poco en su vida pasada como acababa de penetrar en su casa.

La una estaba desolada y vacía, la otra arruinada y desierta.

La gradería de doce escalones sólo conservaba tres enteros, los otros, minados por el agua de las lluvias, por el juego de las parietarias y de las adormideras invasoras, habían principiado por desquiciarse y acabaron por rodar lejos de sus asientos. Las piedras se habían despedazado al caer, y la yerba había subido sobre las ruinas y plantado por encima de ellas sus penachos, como los estandartes de la devastación.

Cagliostro subió la gradería con los pies vacilantes, y con el auxilio de una segunda llave penetró en la inmensa antesala.

Cuando estuvo allí, encendió una linterna de que había tenido cuidado de proveerse; pero á pesar del mucho cuidado con que encendió la bujía, el siniestro hálito de la casa la apagó al primer golpe.

El sopro de la muerte obraba violentamente contra la vida, la obscuridad mataba la luz.

Cagliostro volvió á encender su linterna y continuó su camino.

En el comedor, los aparadores, enmohecidos en sus ángulos, casi habían perdido su forma primitiva; las baldosas viscosas no retenían ya el pie; y todas las puertas interiores estaban abiertas, dejando al pensamiento penetrar

libremente con la vista en aquellas fúnebres profundidades donde habían dejado ya pasar la muerte.

El conde sintió un calofrío en todo su cuerpo, porque oyó cierto ruido en el extremo del salón, allí donde principiaba la escalera en otro tiempo.

En otro tiempo, aquel ruido anunciaba la presencia de una persona adorada, y despertaba en el dueño de la casa la vida, la esperanza y la felicidad; pero en este momento, en que no representaba nada, recordaba todo lo pasado.

Cagliostro, con el entrecejo fruncido, la respiración lenta, la mano fría, se dirigió hacia la estatua de Herpócrates, cerca de la cual estaba el resorte de la antigua puerta de comunicación, lazo misterioso é invisible, que unía la casa conocida con la ignorada.

El resorte funcionó sin dificultad, aunque retemblaron las carcomidas maderas de alrededor; pero apenas puso el conde los pies sobre la escalera secreta, volvió á oír aquel ruido extraño. Cagliostro alargó la mano con su linterna para descubrir su causa, pero sólo vió una grande culebra que descendía lentamente la escalera azotando con su cola los escalones sonoros.

El reptil fijó tranquilamente sus negros ojos en Cagliostro, luego se deslizó en el primer agujero de la madera y desapareció.

Sin duda era el genio de la soledad.

El conde prosiguió su camino.

En aquesa ascensión no se separaba de él un recuerdo, ó por mejor decir, una sombra, y cuando la luz designaba en las paredes una silueta móvil, el conde se estremecía, figurándosele que su propia sombra era una sombra extraña resucitada para hacer también la visita de aquella misteriosa morada.

Andando y soñando de ese modo, llegó hasta la plancha de aquella chimenea que servía de pasillo entre el cuarto de armas de Bálamo y el perfumado retiro de Lorenza Feliciano.

Las paredes estaban desnudas, los cuartos vacíos. En el hogar había un enorme montón de ceniza, entre la que brillaban algunas barritas de oro y plata.

Aquella ceniza fina, blanca y perfumada, era el ajuar de Lorenza que Bálamo había quemado hasta la más menuda partecilla: los armarios de concha, el clave y el canastillo de palo de rosa, la hermosa cama incrustada de porcelanas de Sevres, de las que se veía el polvo micáceo semejante al polvo de mármol; las molduras y los adornos de metal derretidos en el gran fuego hermético; las cortinas y las alfombras recamadas de seda; las cajas de áloe y de sándalo, cuyo penetrante olor, exhalándose por las ventanas cuando el incendio había embalsamado toda la zona de París por donde había pasado el humo; de suerte que, por espacio de dos días, los transeuntes habían levantado la cabeza para respirar aquellos extraños aromas mezclados con nuestro aire parisiense, y el hortera del barrio de los Mercados y la griseta del barrio de San Honorato habían vivido embriagados de esos átomos violentos e inflamados que la brisa se lleva de las faldas del Líbano y de las llanuras de la Siria.

Esos perfumes, decimos, se conservaban aún en aquel cuarto desierto. Cagliostro se bajó, tomó una pulgarada de ceniza y la aspiró largo rato con salvaje pasión.

— Así puedo absorber, dijo, un resto de esa alma que en otro tiempo se comunicaba á este polvo.

Luego miró las rejas de hierro, la tristeza del patio con-

tigo, y por la escalera las grandes grietas que había hecho el incendio en aquella casa interior, cuyo piso alto había devorado.

¡Espectáculo siniestro y bello! El cuarto de Althotas había desaparecido, sin que quedasen de las paredes más que siete u ocho almenas sobre las que el fuego había paseado sus lenguas que devoran y ennegrecen.

Para el que hubiese ignorado la dolorosa historia de Bálamo y Lorenza, era imposible no lamentarse de aquella ruina; pues todo respiraba en aquella casa la grandeza rebajada, el esplendor apagado y la felicidad perdida.

Cagliostro se impregnó de sus recuerdos y de sus sueños; el hombre descendió de las alturas de su filosofía para sumergirse en ese poco de humanidad tierna que se llama los sentimientos del corazón, y en que no tiene parte el raciocinio.

Después de haber evocado el doble fantasma de la soledad y de haber tributado el debido homenaje al cielo, creía haber pagado su deuda á la humana debilidad, cuando su vista se fijó en un objeto aún brillante entre todo aquel desastre y todas aquellas miserias.

Se bajó y vió entre una rendija del tillado, medio sepultada en el polvo una flechita de plata que parecía recién caída de los cabellos de una mujer.

Era uno de esos alfileres italianos que las damas de aquel tiempo gustaban escoger para sujetar los bucles de su cabellera demasiado pesada cuando estaba cargada de polvos.

El filósofo, el sabio, el profeta, el contemplador de la humanidad, el que quería que el mismo cielo contase con él, ese hombre que había sabido acallar tantos dolores propios y hecho destilar tantas gotas de sangre del corazón

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Edo. 1625 MONTERREY, MEXICO

de los otros, Cagliostro el ateo, el charlatán, el escéptico mofador, recogió aquel alfiler, lo acercó á sus labios, y seguro de que nadie podía verle, dejó asomar una lágrima á sus ojos, murmurando:

— ¡ Lorenza!

Y no pasó de aquí su emoción. En ese hombre había algo de demonio.

Buscaba la lucha, y, por su propia felicidad, la alimentaba dentro de sí.

Después de haber besado con ardor aquella reliquia sagrada, abrió la ventana, pasó la mano por entre las rejas, y arrojó el débil trozo de metal dentro del cercado del convento vecino, á las ramas, al aire, entre el polvo, á cualquiera parte.

De ese modo se castigaba el haberse dejado arrastrar de los sentimientos de su corazón.

— ¡Adiós! dijo al insensible objeto, que tal vez desaparecía para siempre. ¡Adiós! recuerdo enviado sin duda para entermecerme! ¡De hoy más, sólo pensaré en la tierra!

Sí, esta casa va á ser profanada; ¿qué digo? lo está ya pues he abierto sus puertas, he revuelto las cenizas de la muerte.

¡Conque está ya profanada! ¡pues que lo sea completamente, y por un bien cualquiera!

¡Aun atravesará una mujer este patio, una mujer apoyará sus pies en esta escalera, quizás cantará una mujer bajo esta bóveda en que todavía vibra el último suspiro de Lorenza!

Pues que sea; pero todas esas profanaciones se encaminarán á un objeto, al de servir á mi causa. Si Dios pierde en ello, Satanás no puede menos de ganar.

Posó la linterna sobre la escalera, y dijo:

— Toda esta caja de escalera caerá; toda esta casa interior caerá también; el misterio volará; el hotel seguirá siendo un escondite, y cesará de ser un santuario.

Dicho esto, escribió apresuradamente en su librito de memorias las siguientes líneas:

« Al señor Lenoir, mi arquitecto.

» Limpiar el patio y vestíbulos; restaurar cocheras y cuadras; demoler el pabellón interior; reducir el hotel á dos pisos; ocho días. »

— Ahora, dijo, veamos si desde aquí se percibe bien la ventana de la condesita.

Acercóse á una ventana abierta en el segundo piso del hotel, desde donde se veía toda la fachada opuesta de la calle de San Claudio, por encima de la puerta cochera.

Enfrente, á unos sesenta pies cuando más, se veía el aposento habitado por Juana de La Motte.

— Es infalible; las dos mujeres se verán, dijo Cagliostro. Está bien.

Volvió á tomar su linterna y bajó la escalera.

Al cabo de una larga hora, había vuelto ya á su casa y enviaba su nota al arquitecto.

Debemos decir que desde la mañana siguiente habían invadido el hotel cincuenta obreros; que el martillo, la sierra y los picos resonaban por todo él, que la yerba recogida en grandes montones principiaba á humear en un rincón del patio, y que por la tarde el transeunte, fiel á su inspección cotidiana, vió en el patio un gran ratón colgado por una pata á un aro, en medio de un círculo de peones y canteros que se mofaban de su bigote cano y de su venerable gordura.

El silencioso habitante del hotel había sido tapiado en su agujero por la caída de una piedra sillar, y medio muerto